

sucristo, segun dice san Pablo ¹, serán tan bellos y luminosos, que no cederán al mismo sol en hermosura y brillo. En esto no hay exageracion, puesto que el cuerpo de Jesucristo, al que todos los demás se parecerán, apareció un día á san Pablo mas brillante que el sol del mediodía; además, ¿por ventura no dice el mismo Salvador: *Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre*?² ¿Cuál será, pues, su contento cuando verán sus piés, sus manos y todos los miembros de su cuerpo tan resplandecientes, que en cualquier parte donde estén no tendrán necesidad ni de luz ni de astro alguno para iluminarse?

Además, no tendrán únicamente la satisfaccion de ver sus cuerpos así radiantes de gloria, sino que verán tambien con extremado placer los de los otros Santos y sobre todo el de nuestro Señor y el de su santa Madre; si, pues, el sol regocija á su salida al universo entero, ¿qué alegría será la de los bienaventurados á la vista de todos aquellos brillantes soles, de todos aquellos cuerpos que atraerán y encantarán los ojos, tanto por la admirable disposicion y justa proporcion de sus miembros, como por su extraordinario brillo? Y no tendrá entonces que bajarse la vista para resguardarse de la excesiva luz, no, pues los ojos serán impasibles, y el que fortificará de tal modo los ojos del alma para que puedan mirar fijamente á la Divinidad, fortificará tambien de tal modo los del cuerpo, que millones de soles no podrian deslumbrarlos.

Para el placer de la vista se puede añadir lo que dice san Agustín, que los santos Mártires tendrán algunas señales de gloria en la parte de su cuerpo que mas habrá sufrido: así se verá en la frente de san Estéban una corona compuesta de tantos diamantes como piedras le echaron; san Juan Bautista, san Jaime, san Pablo, que fueron decapitados, tendrán un collar de una maravillosa belleza y de un precio inestimable; san Bartolomé, desollado, estará revestido de una púrpura mucho mas brillante que la de los reyes y emperadores, y finalmente, y para nada decir de los demás, las gloriosas llagas de san Pedro y de san Andrés, que murieron en el suplicio de la cruz, se verán tan luminosas como astros; sobrepujando á todos en luz, sin ofuscarles sin embargo, el Rey de los Mártires, el cual brillará en medio de ellos como el sol entre las estrellas.

¹ Philip. III, 21.

² Matth. XIII, 43.

En segundo lugar, *placer del oído*. Es indudable que en el cielo los cuerpos luminosos tendrán los órganos necesarios para oír y para hablar; pues los Apóstoles todos, acompañados de muchos discípulos y de gran número de mujeres, vieron al Salvador y le hablaron despues de su resurreccion, contestando éste á varias preguntas que aquellos le dirigieron. Sábese tambien por el libro de Tobías y por el Apocalipsis de san Juan, que en el cielo se entonarán cánticos en alabanza del Señor, agradables himnos que serán siempre nuevos y que darán tanto mayor placer, en cuanto las voces serán mas bellas, en cuanto aquel en cuyo honor se cantarán será mas digno de semejantes alabanzas, en cuanto el lugar en que tendrán lugar los conciertos resonará mejor, en cuanto finalmente los que los oirán tendrán el oído mas delicado y serán en gran número.

¿Quién puede, pues, concebir el exceso de su felicidad, cuando gozando de una paz estable y ardiendo en amor de Dios, soberano bienhechor, se excitarán unos á otros á alabarle eternamente? Segun refiere san Buenaventura, san Francisco escuchó por algun tiempo la dulce armonía de un laud pulsado por un Angel, y quedó de tal modo arrobado, que creía estar en otro mundo. ¡Qué placer será, pues, el de escuchar millones de voces unidas á otros tantos instrumentos, divididas en dos coros y respondiéndose continuamente unas á otras, cantar durante todos los siglos alabanzas al Señor!

En tercer lugar, *placer del olfato*. El cielo será un sitio embalsamado con los mas deliciosos perfumes; sabemos positivamente que los cuerpos de muchos Santos han exhalado despues de su muerte un olor tan delicioso que jamás se habia percibido otro semejante. Así sucedió con san Hilarion, segun cuenta san Jerónimo, pues diez meses despues de haber sido enterrado, fué hallado su cuerpo tan entero como si gozase de vida, y exhalaba un olor milagroso que hizo creer á algunos que habia sido embalsamado; lo mismo se cuenta de san Sérvulo, el pobre paralítico de que hace san Gregorio tan grande elogio, y de quien se dice que al morir despidió un perfume celestial que llenó de sorpresa á todos los asistentes. Muchos ejemplos pudiéramos citar de semejante maravilla, y de aquí podemos deducir que si los cuerpos cuyas almas gozan de la gloria exhalan hasta en el sepulcro un olor divino, lo exhalarán mayor en el cielo cuando residirán allí vivos y gloriosos.

Añádase á esto lo que el mismo san Gregorio escribe de su tia,

santa Tarsilia, la cual, levantando cierto dia los ojos al cielo vió á nuestro Señor que se dirigia á ella, en cuyo momento sintió un perfume tan dulce que comprendió que se hallaba presente el autor de toda dulzura. Así pues, los que amen los buenos olores, prepárense ya para experimentar el placer que sentirán en el paraíso al encontrarse en aquel jardin delicioso entre los lirios y las rosas.

En cuarto y quinto lugar, *placer del gusto y del tacto*. Es indudable que en el cielo no se usarán manjares materiales y corruptibles; sin embargo el sentido del gusto, elevado, purificado como todos los sentidos del hombre, tendrá su accion y sus placeres propios del lugar y de la condicion de los bienaventurados. El cielo nos está anunciado como un festin nupcial, y habrá torrentes de placeres; además, ¿qué goce será para el justo la buena disposicion en que se encontrarán los cuerpos de los justos resucitados? Hagamos sino una comparacion. Cuando en la tierra el cuerpo se halla extenuado por las enfermedades, ó cubierto de úlceras, el sentido que mas sufre ó el único que sufre es el tacto; del mismo modo, cuando el cuerpo está sano y vigoroso, el tacto goza tambien de todas las comodidades y de todo el placer. Luego este sentido tendrá igualmente su beatitud, y la tendrá eternamente cuando los cuerpos de los Santos, siendo después de la resurreccion impasibles é inmortales, gozarán de una perfectísima salud. ¿Qué hay que no diesen los grandes de la tierra para estar siempre exentos de la gota, del mal de piedra, de los dolores de cabeza, de estómago, etc.? ¿Cuáles deben ser, pues, sus esfuerzos para conseguir el cielo de donde están desterradas, junto con la muerte, las enfermedades y los sufrimientos?

Hay mas, aunque los cuerpos resucitados deben continuar siendo un compuesto de carne y de huesos, serán sin embargo *espirituales*, es decir, que estarán de tal modo sometidos al espíritu, que se moverán á su voluntad, subirán y bajarán, é irán por todas partes con prodigiosa velocidad; que pasarán fácilmente al través de las mas espesas paredes, en una palabra, harán lo mismo que si fuesen espíritus y no cuerpos. Así pues, como aquel sentido es el único que sufre cuando los cuerpos pesados y terrestres se ven obligados á bajar ó á subir hasta la cima de una montaña, ó á correr de un lugar á otro, él únicamente gozará tambien del placer que causará á los cuerpos gloriosos la facilidad de ir por todas partes sin fatigarse.

Este es el modo como los bienaventurados estarán libres de la ser-

vidumbre de esta carne corruptible; para marchar con mas velocidad ó con mayor seguridad, no tendrán necesidad de caballos, ni de carruajes, ni de armas, ni de otra cosa alguna, puesto que irán en un momento de uno al otro polo, y que nada tendrán que temer en cualquier parte en que se encuentren. ¡Ojalá que aquellos que no son capaces todavía de gustar de las dulzuras espirituales piensen al menos en estos bienes sensibles, y que á fuerza de pensar en ellos, los estimasen y deseasen! Quizás despues podrian elevarse mas y mas, habiendo sido aquello un escalon para llegar con el auxilio divino á la beatitud eterna.

Si de los placeres de los sentidos, que, tales como los acabamos de describir, harian ya la felicidad del hombre mas ambicioso, pasamos á los placeres espirituales, infinitamente mas nobles y mas vivos, preciso nos será exclamar con el Apóstol: «Ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazon de hombre subió lo que preparó Dios para aquellos que le aman¹.» Tratemos, sin embargo, de formarnos de ello una idea por mas que sea imperfecta.

El hombre desea para su *memoria* recuerdos completos y deliciosos; y una de nuestras mayores miserias y uno de nuestros mayores pesares es olvidar en todo ó en parte lo útil y agradable que hemos visto, oído ó aprendido. ¡Pues bien! ¿cuál será en el cielo la satisfaccion de los Santos, cuando su memoria, hecha plena y perfecta, les recordará por una parte los bienes infinitos que han recibido de Dios, ya en el cuerpo, ya en el alma, ya en el tiempo, ya en la eternidad, y por otra los peligros casi continuos de que les ha librado en todos los tiempos, en todos los estados, en todas las fases de su vida? ¿Acaso podrán pensar en la bondad de que hizo prueba al preservarles del pecado mortal y de las penas del infierno, en que tantas veces se hallaban próximos á caer, sin darle mil acciones de gracias? ¿Cómo no pensar en ello eternamente, y cómo no convertirlo durante todos los siglos en un motivo de alegría? Si fuesen capaces de olvidarlo, el Profeta no exclamaria: *¡Cantaré eternamente las misericordias del Señor!* y san Agustin no diria², que en la ciudad de Dios no hay nada tan encantador como ese cántico, nada que revele mejor la gracia de Jesucristo nuestro redentor.

¿Qué diremos de las vicisitudes de los tiempos que tendrán siem-

¹ I Cor. II, 9.

² Psalm. LXXXVIII.

pre presentes á la imaginacion y al espíritu? ¿Acaso no será un espectáculo muy agradable el ver á Dios, ver en él cuanto habrá sucedido hasta entonces en el mundo, tantos y tan diversos acontecimientos que la Providencia habrá obrado, ó permitido, y que habrá sabido dirigir infaliblemente á sus fines? ¿No es este el *impetuoso rio* de que habla David, el rio que corre siempre, y que regocija la ciudad de Dios? ¿Puedense representar mejor las revoluciones de los siglos, que por medio de aquel rio de rápida corriente, y que no se detendrá jamás hasta desaguar y perderse en el grande mar, que no es otra cosa que la eternidad?²

El hombre desea enriquecer su espíritu, y adquirir conocimientos; vedle emprendiendo largos viajes, surcando los mares, trepando á las montañas cuya cima se pierde en las nubes, descendiendo hasta la profundidad de las entrañas de la tierra, consumiéndose en prolongadas y continuas vigiliass, gastándose antes de tiempo. ¿Y por qué? para conocer alguna otra verdad, y para reputarse por feliz cuando ha entrevisto como al través de un espeso velo alguna de las bellezas del mundo espiritual.

Y sin embargo, ¿qué es aquella verdad? ¿qué es aquella belleza? ¿qué son todas las verdades que podemos descubrir aquí abajo? ¿todas las criaturas en que pensamos ver tan seductora hermosura? Vestigios del Criador, dice santo Tomás: *vestigia Creatoris*. Si una dama de raros encantos dejase, al pasear por la orilla del mar, impresas sus huellas en la arena, y fuesen aquellos vestigios de tan admirable belleza que los reyes de la tierra levantasen ejércitos y diesen batallas para ponerse en posesion de ellas, si los mas avaros prodigasen sus tesoros para comprarlas, y si finalmente los hombres todos abandonasen sus quehaceres para poder solo gozar del placer de verlas, cifrando en esto su suprema felicidad, ¿qué juicio formaríais de la hermosura de la dama, considerando que las solas huellas de sus piés tienen bastante atractivo para revolucionar el mundo? Diríais: debe ser un prodigio, un milagro de hermosura, que sobrepuja á cuanto puede concebir la imaginacion humana.

¡Oh Dios de amor! ¿qué debemos, pues, pensar de vuestra inflexible belleza, cuando todos los hombres trabajan incesantemente,

¹ Psalm. XLV.

² La descripcion del cielo que acaba de leerse es un extracto de una obra del anciano y sabio cardenal Belarmino.

cuando combaten y se matan, encantados como están, por las huellas de vuestros piés? ¿Por qué se hacen la guerra los emperadores y reyes, sino para la posesion de la grandeza y de la gloria humanas? ¿Y qué son las grandezas, los reinos, y las riquezas todas de los principes del mundo, sino las huellas de vuestros piés impresas en la tierra; *vestigia Creatoris*? ¿Por qué tantos hombres corren por mar y por tierra en busca del oro y de las piedras preciosas, sino porque aman apasionadamente la belleza de aquellos objetos? ¿Y qué son éstas sino las huellas de vuestros piés impresas en una materia corruptible; *vestigia Creatoris*? ¿Por qué los mas sabios filósofos y los mas grandes hombres de la tierra se han complacido en todos tiempos en estudiar los secretos de la naturaleza, sino porque encontraban en ellos bellezas que les arrobaban? ¿Y qué son todas aquellas bellezas sino las huellas de vuestros pasos impresas en las criaturas, *vestigia Creatoris*, así como el que anda por el polvo deja algunas señales de que ha pasado por allí, si bien éstas no manifiestan el grado de su belleza?

Si, pues, las solas huellas de vuestros piés, señaladas como en la arena, tienen una hermosura que anima el valor de todos, un brillo que excita todas las pasiones, encantos que subyugan todos los espíritus, atractivos que cautivan todos los corazones, y que revolucionan al mundo entero, ¿quién podrá concebir lo que será contemplar vuestro rostro, ó inagotable manantial de bellezas? ¡Pues bien! el cielo es la satisfaccion plena, entera, eterna, del insaciable deseo de contemplar lo bello; allí verémos la Belleza, origen de todas las bellezas; y la verémos no en un espejo, sino cara á cara, sin intermediario y sin velo; la verémos á ella misma y en el secreto de los acontecimientos todos. Sabrémos por qué crió Dios el mundo; conocerémos el misterio de todas las revoluciones del globo que llenan de admiracion á la ciencia y parecen desafiarla; verémos por qué permitió el Señor la caída del primer Ángel, lo mismo que la del primer hombre, y la causa de haber dado un Salvador al segundo y no al primero; por qué entre tantas naciones eligió para su pueblo querido á los descendientes de Abraham, á pesar de que previese que se convertirian en hombres perversos, que perseguirian á su Hijo hasta hacerle morir en una cruz como el mas vil de los crimi-

¹ Valde mirabilis es, Domine; facies tua plena gratiarum. (P. d'Argentan, *Grandezas de Dios*).

nales, desde donde quiso salvar, á pesar de ellos, á todas las naciones de la tierra. Finalmente sabremos por qué en todos tiempos ha permitido que muchos hombres honrados sufriesen aflicciones en el mundo, y se verá que su designio era hacerles merecer, por medio de la paciencia, la gloria que les preparaba. Y juntos, al ver nuestras cruces cambiadas en coronas, le bendiciremos eternamente, diciendo como el Profeta: *Si nuestras penas han sido grandes, habeis, Señor, llenado nuestras almas de igual consuelo y alegría*¹. Decid, hombres científicos, ¿será fastidioso el cielo? Y si os consumís para lograr lo menos, ¿cómo no haceis nada para alcanzar lo mas?

¿Qué desea el hombre para su corazon? Amar y ser amado; ¿quién es capaz de decir cuánto hace para satisfacer esta imperiosa necesidad de su corazon? Ante nada retrocede con la esperanza de ser amado; velas, sacrificios, trabajos, peligros, privaciones, la muerte misma le parece dulce con tal de conseguirlo. Ofrece su amor á cuanto se presenta, al oro, á la plata, á los honores y á sus semejantes, hasta á los animales, y es feliz cuando lo aceptan y le dan corazon por corazon. ¡Pues bien! el cielo es el cumplimiento, la satisfaccion plena, entera, eterna de semejante deseo; allí amaremos la Belleza, el Bien infinito, océano de toda perfeccion, eterno manantial de todo bien, y en él todas las bellezas y bienes criados.

Además, lo que sobre todo es el encanto de la amistad es aquella secreta simpatía, aquel enlace de las almas, mágia maravillosa que produce entre ciertos corazones tan poderosa atraccion, que parecen querer saltar del pecho para unirse con otro; mas, ¿qué es esto comparado con la simpatía que une á Dios con el alma, y el alma con su Dios, tan fuerte en éste que el deseo de reunirse con ella le atrajo desde el cielo á la tierra, y tan poderosa tambien en el alma que le es imposible ser feliz ni estar contenta no hallándose unida con Dios? ¡Pues bien! en el cielo esta simpatía será tan fuerte y deliciosa, que llegará, por decirlo así, hasta transformarnos en Dios, de modo que segun la expresion del apóstol san Juan seremos *consumados en él, semejantes á él*². ¡Consumados en Dios, semejantes á Dios! ¿Concebis tamaña felicidad? Decid, hombres que ardeis en amor, ¿será el cielo fastidioso? Y si os consumís para lograr lo menos, ¿por qué nada haceis para lograr lo mas?

¹ Belarmino, *Felicidad de los Santos*.

² Joan. xvii, 23.

Veamos cuáles son los demás deseos del hombre: la gloria, el poder; ¡ah! sí; para llegar á la gloria, todos los caminos le son fáciles; preguntad al sabio que se consume en penosos estudios, al soldado que va alegre á derramar su sangre en la batalla, al avaro que vela noche y día para aprovechar el momento de hacer una fortuna: ¿Qué buscáis? y todos os dirán: ¡La gloria, la gloria! sin ella la vida es nada. ¡Pues bien! ¡qué gloria la del cielo! En la frente de las Virgenes, de los Confesores, de los Mártires, de los Apóstoles, de los Santos de todas condiciones, veo brillar una auréola inmortal, distinta segun los grados del mérito, y la distincion de las virtudes⁴; corona que no será para nadie motivo de envidia; corona que será justamente merecida, y que hará la felicidad y la gloria de todos cuantos la ciñan.

¡Y el poder! imposible es decir con qué ardor el hombre lo desea, en este siglo sobre todo; interrogad las ruinas, los rios de sangre, los trastornos de que somos victimas, una voz saldrá de su seno para deciros: Hé aquí lo que hace el hombre para llegar al poder. De hecho la mas fuerte de las pasiones es sin contradiccion la de reinar, pues el cetro soberano es un bien que encierra cuantos se codician en el mundo; además del poder, del honor, de las riquezas, de los goces y placeres que son inseparables de él, se encuentra en el mismo la libertad de hacerlo todo, una entera independenciam que lo hace superior á las leyes, que es lo que mas ama la naturaleza en este mundo; añádanse á esto las preeminencias y la dignidad que de tal modo distinguen á los reyes del comun de los hombres, que no tienen iguales, que todo se inclina ante ellos, que son adorados como divinidades en la tierra; de aquí viene que cuando desean demostrar el exceso de su amor y de su liberalidad, creen no poder ofrecer nada mejor que la mitad de su reino; Assur decia á Esther: *¿Qué deseais? ¿qué exigis de mi? Si me pidiérais la mitad de mi reino, de buen grado lo compartiria con vos*². Herodes, impulsado por el mismo sentimiento, decia á la hija de Herodías: *Todo lo que me pidierdes te daré, aunque sea la mitad de mi reino*³.

De aquí proviene tambien que no hay esfuerzo que no se intente, ni crimen que no se cometa, nada tan santo que no se viole,

¹ S. Thom. p. 2, q. 96.

² Esther, v, 3.

³ Marc. vi, 23.

cuando se trata de conquistar un reino ó de extender sus límites ; la historia nos ofrece mil ejemplos de los extremos y excesos á que arrastra la pasión de mando, y sabido es que Julio César tenía con gran frecuencia en los labios este verso de Eurípides : Solo para reinar es lícito faltar á un juramento ; en todas las demás ocasiones pórtate como un hombre de bien. Agripina, madre de Neron, consultó á los astrólogos acerca del destino de su hijo, y recibió la siguiente contestación : Vuestro hijo será emperador, y hará morir á su madre. No importa, exclamó enajenada de gozo ; quíteme la vida en buen hora, con tal que reine.

Por estos y otros mil rasgos es fácil conocer que no hay bien alguno en el mundo tan estimado y deseado con tanto ardor como la soberanía ; sin embargo de que la razón y la fe nos enseñan que los reyes de la tierra no pueden reinar mucho tiempo, que los reinos de aquí abajo finirán en breve, y que solo el del cielo subsistirá eternamente ¹. ¡Pues bien! el cielo es la satisfacción completa y eterna del deseo de reinar que atormenta el corazón del hombre ; asociados con el Monarca de los mundos y de los siglos, los Santos serán reyes en toda la extensión de la palabra ; lo que el Todopoderoso puede por sí mismo, ellos lo podrán por él ; reinarán sobre sus enemigos para siempre vencidos, sobre el demonio y sus ángeles, sobre los malos y sus propias pasiones, finalmente sobre todo cuanto exista. Dominación, independencia, honores, riquezas, placeres, cetro, corona, cuanto es propiedad de la soberanía lo será suya, y esto sin rivales, sin temor, sin límites. Tampoco imagine nadie que las riquezas y la gloria del paraíso se disminuyan en cierto modo por participar de ellas tantos millones de bienaventurados ; aquel reino no se asemeja en nada á los de la tierra, que disminuyen á medida que son divididos, y en los que manda uno solo ; el de los cielos tiene la ventaja de pertenecer todo á los justos todos que lo poseen, y todo á cada uno de ellos, sin fraccionarse en lo mas mínimo, semejante á la luz del sol que brilla á los ojos de todos, y que así ilumina á cada hombre en particular, como á todos en general.

Así pues, en el cielo quedarán satisfechos todos los deseos del hombre, de un modo que sobrepujará á cuanto es dable imaginar ².

¹ Dan. II, 44 ; Luc. I, 33.

² Ibi erunt bona corporis et animæ, qualia nec oculus vidit, nec auris audivit, nec cor hominis cogitavit. Cur ergo per multa vagaris, homuncio quæ-

¡Hombres, hermanos míos, seres de un día y nobles candidatos de la eternidad! sed mas ambiciosos de lo que sois ; elevad vuestros ojos al cielo, y exclamad luego al fijarlos en la tierra, en sus honores, en sus riquezas y en sus placeres : Soy mas grande que todas estas cosas y he nacido para mayores bienes : *Major his sum et ad majora natus*. Sed consecuentes con tan noble ambición, y el cielo es vuestro.

Sordos, ciegos, estúpidos é insensatos, si por bienes no solo viés y abyectos, sino tambien de corta duración, abandonamos otros de infinito precio y de duración eterna, si por la sombra continuamos sacrificando la realidad, consumiéndonos en buscar el cielo allí donde no está, y rehusando buscarlo allí donde se encuentra ! ¡ Dios mío ! os lo pido por vuestra gran misericordia, curad nuestra sordera, abrid nuestros ojos á la luz del espíritu, dadnos la inteligencia y corregid nuestros errores. ¿De qué nos sirve la luz de la razón

rendo bona animæ tuæ et corporis tui? Ama unum bonum in quo sunt omnia bona, et sufficit. Quid enim amas, caro mea? Quid desideras, anima mea? Ibi est, ibi est quidquid amatis, quidquid desideratis. Si delectat pulchritudo, fulgebunt justi sicut sol. Si velocitas, aut fortitudo, aut libertas corporis cui nihil obsistere possit, erunt similes Angelis Dei ; quia seminatur corpus animale, et surget corpus spiritale, potestate utique non natura. Si longa et salubris vita, ibi sana est æternitas, et æterna sanitas ; quia justus in perpetuum vivet, et salus justorum à Domino. Si satiætas, satiabuntur cum apparuerit gloria Dei. Si ebrietas, inebriabuntur ab ubertate domus Dei. Si melodia, ibi Angelorum chori concinunt sine fine Deo. Si quælibet non immunda, sed munda voluptas, torrente voluptatis suæ potabit eos Deus. Si sapientia, ipsa Dei sapientia ostendet eis seipsam. Si amicitia, diliget Deum plus quam seipsos, et invicem tanquam seipsos, et Deus illos plus quam seipsos ; quia illi illum, et se, et invicem per illum, et ille se et illos per seipsum. Si concordia, omnibus illis erit una voluntas ; quia nulla illis erit nisi sola Dei voluntas. Si potestas, omnipotentes erunt suæ voluntatis, ut Deus suæ. Nam sicut poterit Deus quod volet per seipsum, ita poterunt illi quod volent per illum, quia sicut illi non aliud volent quam quod ille, ita ille volet quidquid illi volent, et quod ille volet non poterit non esse. Si honor et divitiæ, Deus servos suos bonos et fideles supra multa constituet, imo filii Dei et Dei vocabuntur, et ubi erit filius, ibi erunt et illi, hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. Si vera securitas certa, ita certi erunt nunquam et nullatenus ista, vel potius istud bonum sibi defuturum, sicut certi erunt se non sua sponte illud amissuros, nec dilectorem Deum illud dilectoribus suis invitis ablaturum, nec aliquid Deo potentius invitos Deum et illos separaturum. Gaudium vero quale, aut quantum est, ubi tale aut tantum bonum est ! Cor humanum, cor indigens, cor expertum ærumnas, imo obrutum ærumnis, quantum gauderes, si his omnibus abundares ! (S. Anselm. in *Prosolog.* c. 25 ; id. Cor. à Lapid. in *Apoc.* c. xxii).

que nos distingue de los irracionales, y qué utilidad reportamos de la luz de vuestro rostro, impresa en nosotros, si somos todavía ciegos hasta tal punto en la cuestión mas importante del mundo?

Es cierto, pues, como hemos tratado de demostrarlo en los ocho tomos de la presente obra, que la Religión, además de procurar al hombre cuánta dicha goza en la tierra, le conduce á una felicidad infinita, pura y sin fin.

Es cierto, pues, que para hacer al hombre feliz durante toda la eternidad, la Religión no exige de él sino el permiso de hacerle feliz en la tierra.

Es cierto, pues, que Dios es un padre que ha criado al hombre pontífice y rey del universo, que le ha colmado de gloria y de felicidad, y que despues de ser indignamente ultrajado por su criatura favorita, no ha cesado un solo instante, á pesar de tanta ingratitud, de trabajar desde el principio del mundo para reparar el mal que se hizo á sí mismo aquel hijo culpable, al separarse de su Padre, de consolarle, de alentarle, de remover cielo y tierra para proporcionarle los medios de recobrar su felicidad perdida, y que se la devolverá un día centuplicada, plena, entera, perfecta y eterna. ¡Ojalá podamos todos gozar de ella!

Hemos terminado ya nuestra tarea, y solo nos falta cumplir con un deber, con el deber de un hijo respetuoso hácia la mejor de las madres, en lo cual nos gloriamos de seguir nobles ejemplos.

Era el 7 de marzo del año del Señor 1274; en una pequeña celda del monasterio de Fossa-Nuova, célebre abadía del Orden del Cister, en la diócesis de Terracina, yacia moribundo en un pobre lecho un viajero que habia llegado hácia algunas semanas; aquel viajero era la luz de su siglo, el príncipe de los sabios, el ángel de la escuela, y se llamaba Tomás de Aquino. Al toque fúnebre de la campana acudieron á la iglesia todos los moradores del monasterio, pues iba á administrarse los últimos Sacramentos al Doctor angélico.

Cuando vió la santa hostia en las manos del sacerdote, el ilustre moribundo alzó su voz desfallecida, y antes de recibir al Dios de toda verdad, quiso protestar de su inviolable adhesión, y de su filial obediencia á la Iglesia católica, columna y base de la verdad en la tierra. «Creo firmemente, dijo, que Jesucristo, verdadero Dios y «hombre, está en este augusto Sacramento. ¡Os adoro, Dios mio, «Salvador mio, y os recibo á Vos que sois el precio de mi redención «y el viático de mi peregrinación! ¡Oh Vos, por cuyo amor he es-

«tudiado, trabajado, predicado y enseñado; espero no haber dicho «nada contrario á vuestra divina palabra, ó si me ha sucedido esto «por ignorancia, me retracto públicamente y someto todos mis es- «critos al fallo de la santa Iglesia romana!»

Tambien para nosotros es dulce y glorioso imitar á aquel grande hombre en su sumisión filial á la Iglesia. ¿Cómo no hemos de cumplir con el mismo deber, cuando la conciencia de nuestra debilidad nos da tantos motivos de temer que se haya escapado á nuestra pluma alguno de los errores involuntarios, triste legado de la humanidad? Por este motivo sometemos de todo corazón al fallo de la santa Iglesia romana, nuestra madre, este Catecismo y nuestras demás obras ¹. Hijo y ministro de esta infalible Esposa del Hombre-Dios, tenemos una dicha y una gloria en decir que nuestra fe será siempre la suya, que creemos cuanto ella cree, esperamos cuanto ella espera, y amamos cuanto ella ama, condenando todo lo que condena, vituperando lo que vitupera, y aprobando lo que ella aprueba. Así lo queremos, y con la ayuda de Dios lo querrémos así hasta nuestro postrer suspiro, con el convencimiento de que *nadie puede tener á Dios por padre, si no tiene por madre á la Iglesia* ².

¹ 1.º *Del Catolicismo en la educacion*, en 8.º; 2.º *Manual de Confesores*, 2 tom. en 12.º; 3.º *Reloj de la Pasion*, en 18.º; 4.º *Selva*, 2 tom. en 18.º; 5.º *María, Estrella del mar*, en 18.º; 6.º *Itinerario de la tierra al cielo*, 2 tom. en 18.º; 7.º *El gran día se acerca ó Cartas sobre la primera comunión*, en 18.º; 8.º *El Señor es mi herencia. Cartas sobre la perseverancia despues de la primera comunión*, en 18.º; 9.º *Sociedad doméstica en todos los pueblos antiguos y modernos, ó Influencia del Cristianismo en la familia*; 10. *Las Tres Romas*, 4 tom. en 8.º; 11. *La Europa en 1848, ó Consideraciones sobre el Cristianismo, el Comunismo y el Socialismo*, en 8.º

² Habere jam non potest Deum patrem, qui Ecclesiam non habet matrem (S. Cypr. *De Unit. Eccl.*).